

Siete

Decidí admirar la escena mientras soslayaba en dirección a la tenue luz durante mi paseo nocturno, generalmente en ésta época del año los aires son fácilmente respirables, los cielos despejados y los sonidos distantes. Yo y los míos disfrutamos la soledad de la noche, pues el frío casi nunca representa un problema. Quisiera decir que los paseos sobre los tejados son agradables, sin embargo por aquí no hay tejados, sólo azoteas plagadas de trebejos y guiñapos húmedos. Cerca hay una casa solitaria con techos a dos aguas que parece extraviada, pues no es como ninguna que haya visto antes; siempre anhelo mirar las estrellas desde ahí, pero se encuentra justo al centro de un jardín custodiado por cánidos vecinos, por lo que tendría que querer gastar una de mis vidas para intentar ir allí.

Volviendo a la mencionada ocasión, era una madrugada del mes de enero, y mientras terminaba de disfrutar algunos mendrugos, llegó la hora de mi obligada caminata – acostumbro trotar en línea recta sobre estrechas pasarelas, brincar bardas y a veces trepar árboles–, sin embargo esa noche me limité a pasear sobre una abandonada cubierta y refugiarme del viento cerca de una ventana de donde emanaba una débil luz blanca –se trataba de una apertura alargada que sobresalía unos sesenta centímetros de la azotea, la cual permitía asomarse a un espacio casi cúbico desde la parte superior de uno de sus lados. Las sombras que el interior proyectaba me exhortaron a mirar.

Se trataba de una mujer desnuda danzando en el interior de la habitación. O eso fue lo que me pareció ver al principio. El lugar estaba vacío, excepto por aquella presencia que giraba y saltaba con agilidad; cuatro muros le rodeaban, tres blancos y uno color verde, justo el que se encontraba frente a la ventana. No lograba escuchar más que el soplo del viento, al tiempo que sus movimientos y ademanes me atraparon tanto, que me esforzaba en imaginar la melodía que acompañaba el virtuosismo de aquellos gestos. No recuerdo cuánto tiempo me mantuve absorta ante la ventana, sólo recuerdo que fue el mismo que duró la puesta en escena. Más que las múltiples formas que tomaba el cuerpo, era la escultura cambiante que

aquellas moldeaban en el espacio –acompañadas de luces y sombras que danzaban en sincronía– lo que resultaba verdaderamente extraordinario. Cuando la luz de la habitación se apagó y la figura femenina desapareció, me hallé sola, sintiendo un palpitar extraño en el pecho que sólo se presenta cuando realizo algún esfuerzo. La confusión me invadió y me quitó el sueño esa noche, lo cual no me impidió soñar con ese juego de llenos y vacíos que acompañaban aquellos extraños movimientos.

A partir de esa ocasión regresé a la misma ventana, esperando encontrarme con la danza de aquella mujer. Mi decepción fue grande cuando al volver la noche siguiente, no hallé más que una habitación oscura. Lo mismo sucedió los cinco días consecutivos. Mi ánimo decaía cada noche, sin embargo durante el día no dejaba de hacer lo habitual: entretenerme con los lazos que cuelgan de los tendederos, tomar mis siestas matutinas, trepar, saltar y pasear sin rumbo. Hasta que el ánimo resurgía con la esperanza de hallar lo deseado tras el cristal nocturno.

En mi sexto intento me acerqué cautelosa. Ver desde lejos la habitación iluminada encendió mi impaciencia; sin embargo me resultaba extraño que esta vez predominara una ausencia de sombras. Al acercarme, una luz amarilla me cegó por un instante, pues como saben, resulta más cómodo para mí ver en la oscuridad. Lo que vi dentro hizo olvidarme de la cautivadora escena anterior. Ahora cuatro muros amarillos rodeaban una presencia masculina, sólo le acompañaban algunos recipientes y una extraña estructura metálica, además de una pequeña escalera. El hombre se hallaba al centro mirando a su alrededor, pensativo; tras un rato de quietud, tomó uno de los recipientes y trepó la estructura. Recuerdo que mis ojos no podían seguir los hábiles movimientos que éste realizaba con sus manos, transformando las paredes amarillas en una danza de colores, siluetas y figuras inefables. El nuevo rito presenciado me mantuvo inmutable del otro lado de la ventana. Al igual que la noche anterior, imaginé melodías, olores y sabores que nunca antes se habían presentado; parecía que la marcha del tiempo se detenía tras cada trazo, tras cada nueva presencia plasmada en aquellas superficies. Al finalizar el espectáculo me encontré agotada, al igual que el hombre, quien se tumbó al centro de la habitación cuando la luz del amanecer se filtró por la ventana. Me marché decidida a regresar al anochecer.

Mi experiencia decepcionante se repitió, una, dos, tres, cinco noches; sin embargo no perdí la esperanza de volver. Creía saber que encontraría nuevamente algo excitante, y

aunque mi mente se esforzaba en construir una expectativa, realmente no tenía éxito. La ocasión llegó. Impaciente caminé hacia la complicidad del cristal, sólo un atisbo de luz temblorosa emanaba de dentro. Esta vez, una figura silenciosa alcanzaba a dibujarse en una esquina de la habitación; el contraste que mis ojos percibían tomaba forma por la tenue luz que arrojaba una lámpara a un costado de la pálida presencia. Ésta, un hombre de edad avanzada, de cabello cano y manos expresivas, sostenía un raro artefacto entre sus piernas. La forma de éste último me recordó la silueta de la bailarina que hace unas cuantas noches llenó el espacio con sus movimientos. Me encontraba absorta, a la espera de cual fuere lo que vería esta vez.

Un tímido movimiento de aquél hombre rompió el silencio. Me estremecí. Éste era provocado por la raspadura de las cuerdas verticales que formaban parte del mencionado artefacto, a través de un roce transversal con algo parecido a una vara. Me resulta imposible describir lo que sucedió después. Era algo que no escuchaba con los oídos, sino con algo adentro de mi pecho. Nuevamente fui presa de llenos y vacíos, de intermitencias, de ritmos, de espesuras, pesadeces y ligerezas; sólo que ahora el espacio se llenaba con una sustancia invisible, que hizo vibrar las superficies y temblar las transparencias. Hasta que cada muro, cada centímetro de materia logró fundirse, desaparecer en el vacío. Me perdí a mí misma en el éxtasis de lo que estaba presenciando, sintiéndome en otro sitio, donde no regían las mismas leyes, sino otras.

Tras un tiempo inmóvil, fui bajando otra vez al suelo, reencontrándome con mi reflejo en la ventana, pues del otro lado, la oscuridad y el silencio ahora gobernaban. Un nuevo recuerdo acompañó mi andar cotidiano los siguientes seis días y noches. Así sucedía. Podría contar todas las experiencias que siguieron luego de aquellas noches, las cuales aguardaba, primero con impaciencia y luego con costumbre, pero siempre, a la espera de ser sorprendida. Cada una era dueña de su magia propia, siendo que no podría ni siquiera imaginar elegir una entre ellas. Sonidos, colores, ritmos, texturas. Todo entremezclado y todo inexplicable.

Así mis días y mis noches. Así mi ventana. Tras seis vidas, llegó de pronto un pensamiento que me inundó de un deseo gigante de entrar en la habitación, de descubrir la magia que resguardaban aquellos insignificantes muros, de explicarme cuál era el secreto, el truco o el engaño. Tras ir y venir sobre la misma idea, una de esas noches –siempre la séptima en mi cuenta–, me dispuse a resistir el embrujo de la escena, una cólera inexplicable que

disparó mis fuerzas invadió mi cuerpo. Uno, dos, tres golpes contra el cristal de la ventana, nada. Cuatro, cinco, seis... diez, no pude más. Fue demasiado tarde cuando recordé que ésta era la séptima.

No puedo decir cuándo nací, sólo sé que un día desperté, inmóvil, alto y rígido. No sé qué soy ni qué hago aquí, pero frente a mí hay un vacío. Dos imitadores de mi forma se erigen a mi costado, y uno más al frente, sólo que éste último tiene una peculiaridad: una apertura alargada en su parte superior; la cual deja pasar la luz del día y de la noche, y además me permite ver un poco del exterior. No pasa nada interesante aquí dentro. Me entretengo al ver caminar la luz del sol sobre mi superficie –de arriba para abajo, y luego sobre el suelo hasta desaparecer–. A veces veo la luna que cambia de forma, a veces no. Pero lo más interesante es que cada siete soles, al anochecer, una pequeña presencia viene a visitarme, puedo decir que es mi único amigo. Y aunque sólo le mire quieto a lo lejos, su felina figura tras el cristal hace olvidar por un momento la nostalgia de mi soledad.

Ciudad de México, mayo 2017

Viviana Catalina Benítez Jiménez

Arquitecta por la Universidad Nacional Autónoma de México en 2015, estudiante de Maestría en Arquitectura en el Programa de Maestría y Doctorado de Arquitectura de la

UNAM

vicabeji@gmail.com